

Sobre el Perú

Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo



Capítulo 39



Pontificia Universidad Católica del Perú

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

FONDO EDITORIAL 2002

Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo

Editores:

Margarita Guerra Martinière

Oswaldo Holguín Callo

César Gutiérrez Muñoz

Diseño de carátula: Iván Larco Degregori

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra completa: ISBN 9972-42-472-3

Tomo I: ISBN 9972-42-479-0

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2418

Primera edición: mayo de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Riva-Agüero, la historia y la política: acerca de dos libros reveladores

Luis Gómez Acuña
State University of New York

De 1895 a 1919, la elite que gobernaba el Perú respiró optimismo. Parecía que la bancarrota económica, surgida antes de la guerra de 1879, quedaba definitivamente atrás. La recuperación y diversificación de las exportaciones de materias primas (base principal de la riqueza de esa elite), y la organización de un Estado técnico en el gobierno de Piérola (1895-1899),¹ parecían anunciar la llegada de un Perú mejor. Precisamente, en este ambiente surgieron los primeros escritos de los llamados *novecentistas*.

¿Quiénes eran? Nos referimos a un grupo de jóvenes intelectuales. La mayor parte de ellos ingresaron a la Universidad de San Marcos (Lima) a comienzos del siglo XX. Algunos de ellos descendían de la antigua nobleza del Perú colonial. Otros tenían un origen más mesocrático o –como se diría hoy– burgués (v.g., los García Calderón); otros descendían de antiguos funcionarios coloniales (v.g., José Gálvez, Víctor Andrés Belaunde). Comenzaron a escribir hacia 1905.² Sin embargo, ellos cargaban aún con la pesada herencia psicológica de la derrota peruana en la guerra del Pacífico (1879-1883). Por ello, Luis Alberto Sánchez ha dicho que este grupo adquirió el deber de analizar las causas de esa derrota y las posibilidades de desarrollo del país.³

¹ Así calificó Jorge Basadre (1983: VIII, 329) al deseo de Piérola y su grupo de organizar un Estado con funcionarios eficientes, tributariamente racional, con un presupuesto exacto, una moneda sana, y un ejército disciplinado; un Estado que al decir de Trazegnies (1992: 215-216) supuso, en términos políticos, un mero cambio de fuerzas: quienes ya disponían del poder económico en el Perú, obligaron a los militares a dejarles el poder político. Ver también el libro de Manuel Burga y Alberto Flores Galindo (1984). Sobre este grupo de poder, comúnmente llamado oligarquía, véase el libro de Dennis Gilbert (1982). Un planteamiento teórico, algo distinto al de Gilbert, está en el libro de Alfonso Quiroz (1989).

² Un sugerente análisis del novecentismo peruano está consignado en el libro de Neira (1963: 26-27), pulido hace poco por el propio autor (1996: 363-366).

³ Ver su prólogo al libro de Francisco García Calderón (1981: IX).

De ellos José de la Riva-Agüero y Osma, historiador, político, descendiente de la antigua nobleza colonial, suele ser signado como su líder. Dos de sus tesis universitarias, hechas para optar los grados de bachiller y doctor en letras, fueron publicadas en esos años: *Carácter de la literatura del Perú independiente* (1905) y *La Historia en el Perú* (1910).

Ahora bien, ¿cómo influyó toda aquella atmósfera en el pensamiento de Riva-Agüero? Por otro lado, ¿cómo los novecentistas adquirieron ese deber moral? El ambiente de su niñez, de postración para el Perú (1883-1895), saturado de "anatemas" (José Gálvez) por la derrota peruana a manos de Chile, permite explicar dicha actitud. Cuando se pierde algo, surge la actitud natural de evaluar los errores y hallar a los culpables.⁴ En este sentido, si bien los novecentistas comenzaron a escribir en un ambiente de mayor holgura, sin embargo, ellos se vieron aún fuertemente impactados por el discurso de Manuel González Prada. Recordemos que él, luego de la postguerra (hasta su muerte en 1919), se afanó en decir y señalar quiénes fueron los culpables de dicha derrota, y cuáles eran los problemas más acuciantes del Perú. Vale la pena rastrear estos detalles en los dos libros ya mencionados. Un breve recuento analítico sobre la ideología (concepción del mundo) y el pensamiento político de Riva-Agüero en ambas obras, es el tema del presente artículo.⁵

I. La universidad

En 1902, José de la Riva-Agüero ingresó a la Universidad de San Marcos. Tenía 17 años. Existían en el Perú de ese entonces sólo tres universidades más: San Antonio Abad (Cuzco), San Agustín (Arequi-

⁴ Véase Gálvez (1921: 237-239). Estos sentimientos encontrados se mostraron con toda crudeza en el caso de la familia Prado. Por ello, según Portocarrero (1995: 22-38), el deseo de los hijos de *limpiar* el nombre de su padre (el polémico presidente del Perú en 1879), acusado falsamente de ladrón pero sobre todo de cobarde, marcó su actuar. Así, en los Prado, surgió un especial sentimiento nacionalista: querían demostrar que podían ser grandes empresarios, políticos e intelectuales en el Perú.

⁵ El Instituto Riva-Agüero, de la Pontificia Universidad Católica del Perú, ha publicado y sigue publicando las obras completas de su benefactor. Desde ahora, cuando mencionemos sus obras, las citaremos como O.C., señalando luego el número del tomo y la(s) página(s) de donde se ha extraído la información que se cita.

pa), y La Libertad (Trujillo). Riva-Agüero pasaría sus años de universitario en la *Casona*, un viejo edificio colonial del hoy llamado *centro histórico* de Lima.

Riva-Agüero llegó a San Marcos (según testimonio de otro conocido sanmarquino de ese entonces, V. A. Belaunde), precedido de "la reputación de niño prodigio, por su gran erudición y feliz memoria". Todo ello se reflejaba en el tipo de conversación que solía realizar con sus condiscípulos: un "cambio de ideas sobre temas serios [*que*] versaba no solamente sobre materias universitarias sino sobre asuntos de cultura general".⁶

Eran muy visibles sus actitudes anticristianas, al decir de Belaunde (todo parece indicar que estas actitudes ya las incubaba desde sus últimos años en el colegio).⁷ El ambiente intelectual de San Marcos, imbuido de positivismo, las reforzaría.⁸ Sin embargo, ya existía cierta reacción frente a dicha filosofía. Alejandro Deustua, filósofo y profesor sanmarquino, la encabezó. Frente al positivismo de profesores como Mariano Cornejo y Javier Prado⁹ (este último pronto abandonó dicha

⁶ Ver Belaunde (1967: I, 277).

⁷ Ver Gómez Acuña (1997: 17-19). Riva-Agüero estudió en Lima, en el colegio de la congregación de los Sagrados Corazones (más conocido como *La Recoleta*). Belaunde (1967: I, 277-278), evocó en sus *Memorias* un hecho que revelaba la conducta antes aludida. "En la clase de Historia de la civilización fue designado Alberto Jiménez Correa, para sostener una conferencia sobre la Iglesia y la cultura. Riva-Agüero participó en este debate como obligante. Con erudición, empaque y pasmosa facilidad de palabra contrapuso a la tesis de Jiménez sobre la benéfica influencia de la Iglesia en el Medioevo, la tesis nietzscheana sobre la negación o disminución de la vida por el Cristianismo, no compensada por la sombría emoción estética de las catedrales góticas". Según Belaunde, terminada la exposición, éste contradujo, con cordialidad (y ya en particular) a Riva-Agüero. Ello fue (recordaba Belaunde) el inicio de su amistad.

⁸ Riva-Agüero recuerda (en una entrevista que le hizo Alfonso Tealdo en 1941) que, al igual que "[...] todos [en San Marcos] me embebía en relativismo y espencerismo" (1941: 9). Según Belaunde (1967: I, 235) Herbert Spencer (autor inglés que, en cierto modo, vulgarizó las tesis positivistas de Comte), era el "oráculo de la época".

⁹ Los positivistas tenían una fuerte fe en las posibilidades del progreso indefinido, y en el poder explicativo de la ciencia. Esta fe ancló en América por las mismas razones que en Europa, según Adam Anderle: había la "sensación de que algo andaba mal [v.g.; el caudillismo, la guerra del 79], de que la sociedad no estaba sana, y se quería -por tanto- corregirla, pero no con revoluciones sino con reformas; había que mejorar para no tener que cambiar y ello se creía posible a través de las ciencias y la enseñanza. [...] se apostaba por el progreso y el desarrollo pacífico [...] [Así] surge la necesidad y el anhelo de *orden*" (1988: 420). Anderle añade que gran parte de las elites en América,

actitud), Deustua ya nadaba, a principios del siglo XX, contra esta corriente que Riva-Agüero calificó luego de materialista.

Vale la pena destacar, como hito importante en esta actitud positivista, las tesis de Javier Prado, expresadas en su discurso de 1894, con motivo de la apertura del año académico en San Marcos. En él, Prado criticó duramente el pasado colonial; tildó de perezosa y poco dada a las cuestiones prácticas a la antigua nobleza peruana; abogó, por otro lado, por la inmigración de blancos al Perú, y por elevar “el carácter moral [de la gente] por medio de la educación” como forma de solucionar los principales problemas del país, problemas que “malograron la obra de la independencia”, y que afloraron con mayor fuerza luego de 1879.¹⁰

La influencia del positivismo, como filosofía *oficial* en San Marcos, parece que culminó hacia 1917, si nos atenemos al testimonio de Riva-Agüero. En noviembre de ese año dio un discurso en honor a Mariano Iberico Rodríguez.¹¹ En él, expresó que el mundo filosófico estaba en plena “restauración idealista”, una de cuyas características más notables –a su entender– era “la supremacía de la voluntad sobre la inteligencia”.¹²

El positivismo reinante en San Marcos (y el ambiente más o menos liberal que se sentía en varias ciudades peruanas de esos años), parece que reforzó en Riva-Agüero ciertos valores y actitudes: lo convenció de cuán importante era el mantenimiento de ciertas *jerarquías* sociales y de cierto *orden* en la sociedad peruana. Reforzó, además, su

guiadas por esta filosofía, creyeron en estos años que mediante la organización científica del trabajo y la conciliación de intereses se podían eliminar todos los conflictos sociales. Trazegnies (1992), llega a similares conclusiones. Así, nos dice que en el Perú de esos años hubo una modernización *tradicionalista*. Véase una posición parecida en el libro de Carmagnani 1984.

¹⁰ Basadre (1983: VII, 237-238). Ver también Salazar Bondy (1967: I, 188-189). Es sintomático que el discurso de uno de los hijos del general Prado formara parte (a su manera) de los “anatematos” a los cuales aludía José Gálvez.

¹¹ El discurso versó sobre la filosofía de Henri Bergson. Fue dicho por haber Iberico obtenido el doctorado en Filosofía por la Universidad de San Marcos. Está en O.C. (X) Alusiones al declive del positivismo en la Universidad de San Marcos se leen en O.C. (X, 166-169). Cueto (1986: 131), afirma que el positivismo perdió popularidad después de 1915 entre los catedráticos sanmarquinos, entre otras cosas, por la poca demanda por la ciencia en un país dedicado a la exportación de materias primas, en “donde existía muy poca aplicación industrial” de la investigación científica.

¹² O.C. (X, 169).

anticlericalismo (muy evidente en sus primeros escritos): tal vez Riva-Agüero pensaba que el antiguo estado de cosas (algo *irracional*) del siglo XIX, debía ser reemplazado por uno nuevo (*positivo*), en parte puesto ya en marcha por la *República Aristocrática*. A esto habría que añadir una importante enseñanza de Deustua (tomada de Javier Prado), profesor señalado por Riva-Agüero como un verdadero maestro: la necesidad de que surgiera una minoría selecta, ilustrada, inteligente, capaz, como forma de generar una clase gobernante eficaz. Esta idea también está en *El Perú contemporáneo*, famoso libro de Francisco García Calderón (1907), y en el discurso ya citado de Riva-Agüero.¹³

En este ambiente mezclado de positivismo y liberalismo, en plena *belle époque* peruana, se educó Riva-Agüero. En esos años publicó las dos obras ya mencionadas. Como evocó más tarde Belaunde "la ley indiscutida [en ese entonces] era la ley del progreso".¹⁴ Ésta y otras ideas dejaron su impronta en ambas obras. Pasemos, entonces, a evaluarlas.

II. *Carácter de la literatura del Perú independiente:* Un libro revelador

Esta tesis se publicó cuando Riva-Agüero tenía 20 años. Fue muy famosa y elogiada en su época. Tanto así que Ricardo Palma lo animó para que le enviara un ejemplar a Miguel de Unamuno, pidiéndole su opinión. Consecuencia de ello fue el establecimiento de un interesante intercambio epistolar entre el entonces joven bachiller de letras y el ya consagrado escritor español.¹⁵

¹³ Una explicación de cómo Deustua llegó a esta idea de los más capaces, llena de un fuerte sesgo aristocratizante, en Salazar Bondy (1967: I, cap.V).

¹⁴ Belaunde (1967: I, 290).

¹⁵ El libro fue reeditado y publicado por el Instituto Riva-Agüero en 1962, O.C. (I). Esta edición (recortada) es distinta a la de 1905, por lo siguiente: Riva-Agüero estipuló en su testamento que sus escritos debían ser publicados confrontándolos con su pensamiento *último* (pensamiento católico pero también cercano al fascismo). Por ello, hemos consultado también el ejemplar de 1905, con el fin de tener un mejor conocimiento de las ideas de Riva-Agüero. En cuanto a Unamuno, publicó una reseña del libro en la revista madrileña *La Lectura* (números de setiembre y octubre de 1906), publicada por primera vez en el Perú, junto al *Carácter* de 1962, ver O.C. (I: 345-384).

El hilo conductor de esta obra –una especie de ensayo de historia de la literatura peruana republicana– es simple: desde la conquista han convivido en el Perú (según Riva-Agüero) dos “razas” (pueblos), mayoritarias en número de personas a las otras: los españoles y los indígenas. Cada una de ellas tiene su “genio”, su propia conducta, su “carácter”. Ahora bien, dicho genio –continúa diciendo Riva-Agüero– se hereda o se “imita” de otros. Y ello se reflejaba claramente en la producción literaria de un país. En este sentido, en la literatura peruana primaba el carácter criollo –argüía Riva-Agüero–, mera “degeneración” del carácter español trasplantado al Perú. Dicha degeneración era producto del medio (clima tibio y húmedo de la costa, núcleo geográfico de la cultura criolla), del prolongado cruzamiento y “hasta [de] la simple convivencia con las otras razas india y negra”, y del régimen colonial, que favoreció el “servilismo y la molicie”.¹⁶

Que no nos extrañe este tipo de opiniones, de alguien a quien siempre se ha calificado de colonialista. No está demás recordar que iban en consonancia con las ideas de la época (recuérdese lo dicho acerca de las ideas de Javier Prado, expresadas en 1894).

Dentro de este esquema, el carácter limeño –que es “flexible, agudo, de imaginación viva, pero templada, de inteligencia discursiva, pero rápida y lúcida [...] muy propenso a la frivolidad y a la burla; de expresión fácil y amena”– según Riva-Agüero, era el fiel representante del carácter criollo.¹⁷

¹⁶ O.C. (I, 70-71). No se crea que estas opiniones despectivas hacia el régimen colonial fueron frases sueltas al inicio de dicha obra. Más adelante, dirá, como conclusión a su repaso general de la literatura colonial peruana: “¿A qué se reduce, pues, la literatura colonial? A sermones y versos igualmente infestados por el gongorismo y por bajas adulaciones, y a la vasta pero indigesta erudición de Diego de León Pinelo, Espinoza Medrano, [...] Peralta y Bravo de Lagunas: literatura vacía y ceremoniosa, hinchada y áulica, literatura chinesca y bizantina, a la vez caduca e infantil, con todos los defectos de la niñez y de la decrepitud, interesante para el bibliófilo y el historiador, pero inútil y repulsiva para el artista y el poeta. La excepción única (...) es para con el agudo satírico Juan del Valle y Caviedes” (p. 76). Es cierto que en la nota a pie de página de este largo juicio, Riva-Agüero aclara que *sí* existe algo, literariamente hablando, rescatable de la época colonial: las crónicas. Pero al leer estos y otros juicios, cuesta creer que sólo aluda a literatura. En todo caso, revela mucho de los propios gustos y aficiones del joven Riva-Agüero (gusto por la Historia); tanto así, que este largo juicio sobre la literatura colonial, no fue de los tachados posteriormente por su autor, por lo que la edición de 1962 lo recoge.

¹⁷ O.C. (I, 71).

Se puede percibir, dentro de estas ideas, la influencia del evolucionismo positivista de entonces (véase que en el *Carácter*, para Riva-Agüero el "genio racial" o "nacional" –el cual evoluciona o degenera de acuerdo a cuestiones sociales o climáticas– era casi sinónimo de "genio literario"). Por cierto que no es nuestra intención hacer una crítica histórico-literaria de esta obra,¹⁸ pero sí es bueno tener en cuenta este utillaje mental del joven Riva-Agüero, pues con él repasó muchos eventos de la historia y política del Perú.

En este sentido, Riva-Agüero afirmaba que la literatura peruana (es decir, la literatura criolla) era imitación de la española. Que en ella predominaban los modelos extranjeros. Y que esto era producto de que el Perú era una nación débil, inferior. La consecuencia de esta situación era clara para Riva-Agüero: para él la originalidad literaria (percibimos ya, sin embargo, que Riva-Agüero no sólo alude a lo meramente literario) era casi inexistente en el Perú. Por esta razón era que en el Perú se imitaba.¹⁹ A pesar de todo, agregará Riva-Agüero, el carácter nacional dejaba su sello muy particular en dichas imitaciones (que, no olvidemos, estaba representado para Riva-Agüero por el carácter criollo y, sobre todo, el limeño, que no era sino una degeneración del carácter español).

Con estas ideas en la cabeza, Riva-Agüero hizo un análisis (a mitad de camino entre la crítica literaria y la crítica histórica)²⁰ de una serie de autores peruanos. Y a propósito de ellos, esgrimió una serie de opiniones sobre el proceso histórico peruano que merecen ser recogidas y comentadas aquí.²¹

¹⁸ Un crítica literaria del libro ya fue hecha, en forma muy clara y sugerente, por Loayza (1990: cap. III).

¹⁹ O.C. (I, 74).

²⁰ Recordemos que en estos años, no existía como tal una carrera de historiador en la Universidad de San Marcos. Es más, parece que los que se dedicaban a ser historiadores (como Riva-Agüero), recibían un entrenamiento básico como críticos literarios. Y a su vez, parte de la crítica literaria hecha en el Perú, era tributaria de la crítica histórica. La situación parece que comenzó a cambiar con Jorge Basadre, Raúl Porras y, en general, con los que se dedicaron a la labor histórica después de 1917. Bajo las premisas dadas por Riva-Agüero, la Historia en el Perú se irá apartando cada vez más de la crítica literaria. En este sentido, un estudio sobre la historiografía peruana en el siglo XX nos aclararía éste y otros puntos.

²¹ Todo parece indicar que Riva-Agüero tenía ya una visión bastante clara del proceso histórico peruano, visión que se perfila con mayor nitidez en *La Historia en el Perú* (1910). Y ello es importante de estudiar porque (como lo dijo Ventura García Calderón),

Ya vimos que Riva-Agüero era desdeñoso con la época colonial. Pero esto no lo hacía antiespañol. Por ello, Riva-Agüero afirmaba que la Independencia fue para el Perú un proceso traumático pero necesario. Proceso, sin embargo, lleno de actitudes ambiguas. Por ello, y a propósito del comportamiento de Joaquín Olmedo (primero realista y luego patriota) comentó: "Desagradable es el contraste: [...] nuestros abuelos [criollos, como Olmedo], tan fervientes patriotas en 1821, habían sido fervientes *godos* en 1808".²² Pues bien, ¿cómo podían explicarse ésta y otras actitudes parecidas, según Riva-Agüero? Si hojearnos el texto original de 1905, se verá cómo Riva-Agüero se lamentó de la existencia de ciertos rasgos antiespañoles en el poema titulado *Victoria de Junín* de Joaquín Olmedo. Decía que fue un recurso "burdo y desdichado" el asimilar la causa de los patriotas a la del imperio incaico, que Junín y Ayacucho no son la venganza por lo sucedido en 1532, ya que luego de 1821 (y terminada la guerra de Independencia en 1824) no reapareció el imperio incaico sino que nacieron muchas nacionalidades "europeizadas que se desprendieron del seno materno de España", ya que la "tradición india estaba rota: por última vez se manifestó con la rebeldía de Túpac Amaru (1780); y en la Independencia, no sólo los criollos sino los mestizos, educados todos en la cultura europea (mientras la abyecta raza india permanecía indiferente a la contienda) se sublevaron contra la Madre Patria, inspirándose en los principios de la Revolución Francesa y en el ejemplo de la Revolución Anglo-americana".²³

para la gente de su generación, era vital estudiar la historia peruana con el fin de no volver a cometer los errores del pasado (v.g.; 1879) en el presente. Era la concepción de la historia como maestra de la vida o –en términos de García Calderón– como "examen de conciencia". Ver Gómez Acuña (1997: 5-8).

²² O.C. (I, 87).

²³ Riva-Agüero (1905: 33). Opiniones parecidas fueron emitidas por Bartolomé Herrera, el famoso pensador conservador, en su conocido sermón del *Te Deum* en la iglesia Catedral de Lima (28 de julio de 1846. Está en Herrera 1929: 63-104), sermón que generó una gran polémica en el Perú liberal de ese entonces, por su apología al régimen colonial español en el Perú. Las ideas del joven Riva-Agüero, por otro lado, han hecho mucha fortuna posteriormente. En el polémico texto sobre la Independencia en el Perú, publicado por Heraclio Bonilla y Karen Spalding en 1972 (ver edición de 1981: 70-114), ellos (tal vez sin saberlo del todo) se hicieron eco de estas opiniones, que están también en los famosos *Paisajes peruanos* de Riva-Agüero, en la parte donde reflexiona sobre estos hechos a partir de la excursión que hizo a la Quinua (Ayacucho), campo de batalla en donde se puso fin a la guerra de Independencia peruana. Por ello, el malogrado Alberto Flores Galindo hizo bien en decir que las proposiciones de Bonilla y Spalding

Todo parece indicar que esa actitud ambigua nació (según Riva-Agüero) como reacción ante la actitud "abyecta" e "indiferente" de la población andina de ese entonces.

Más allá de las palabras poco felices para con la mayor parte de la población peruana de ese entonces, podría pensarse que la visión desdenosa que Riva-Agüero tenía, en este momento, hacia la Colonia era incompatible con ese hispanismo, que –evidentemente– estaba detrás de sus frases (a España se refirió –como muchos otros lo harían después– como la "Madre Patria"; lamentó ese recurso "burdo" de Olmedo). Pero ello no es así. Si seguimos leyendo el texto, veremos que para él independencia era sinónimo de *emancipación*; es decir, un proceso justificable y entendible, como la separación del hijo *criollo* del regazo de su *madre española*; "por la injusta preferencia concedida en todo a los peninsulares sobre los criollos".²⁴ No por casualidad, el primer presidente del Perú fue un criollo: su bisabuelo.

Sólo que después de la Independencia (proceso que Riva-Agüero hubiera calificado, como luego otros lo harían, de *guerra civil* entre españoles americanos y peninsulares) vino la anarquía, por el "irreparable yerro de adoptar como forma de gobierno –según Riva-Agüero– para estas nacientes nacionalidades, la república y no, la monarquía constitucional".²⁵ Se estableció una república en un país que no estaba preparado para ella; en un país donde no existía una "clase superior prestigiosa e influyente, que fuera firme seguro de la estabilidad del gobierno y de la nación".²⁶ Y esto sucedió –según Riva-Agüero

(más allá de si son verdaderas o falsas) son una "glosa tardía y sin referencia de las reflexiones de Riva-Agüero en el campo de batalla de Ayacucho" (1988: 69). Pero como vemos, ya desde mucho antes de la aparición de *Paisajes peruanos*, Riva-Agüero incubaba estas ideas.

²⁴ La explicación completa está en O.C. (I, 90-91). Es un tema por demás sabido que nos exime de más comentarios. Valdría sí la pena añadir que de esta visión del proceso independentista (1905) se han desprendido dos más: la primera tuvo mucha fortuna a nivel escolar (parece que su influjo duró hasta la década de 1960; su influencia se siente incluso hoy): es la Independencia vista como un proceso lineal, toma de conciencia de todos los peruanos de ser una nación mestiza y castiza; la otra es la que –como ya dijimos– remozó Bonilla, y es la de la Independencia como un proceso errático, vinculado más a los errores de España que a la participación activa, plena y total de la población peruana, en dicho proceso, como nación. Valdría la pena, a estas alturas, hacer un estudio historiográfico sobre todas las visiones que se han elaborado sobre la Independencia del Perú, ordenándolas bajo estos dos ejes de reflexión, puntos de referencia de un proceso que fue mucho más complejo. Una síntesis del proceso independentista está en el libro de Lynch (1989).

²⁵ O.C. (I, 118).

²⁶ O.C. (I, 119).

ro— porque la guerra de la Independencia “había producido una pobreza general [...] ¿Qué bases sustentaban, pues, la sociedad? En tales casos, la fuerza armada, el militarismo se impone”²⁷.

Y en esta confusión (añadió Riva-Agüero) aparecieron el guano y el salitre como grandes productos de exportación peruanos. Pero la cura fue peor que la enfermedad. Se dio con ello —afirmó Riva-Agüero— aliciente para mayores escándalos y abusos. Estas riquezas “no aprovecharon al Perú, sino a los extranjeros y a un reducido número de especuladores”.²⁸

Y al final del camino, la bancarrota y la guerra del 79. A pesar de todo, algunos momentos “felices” hubo en el siglo XIX, diría Riva-Agüero. Y fue sintomático que él, un hombre descendiente de la antigua nobleza colonial, mencionara como ejemplos de esos momentos la llegada de Vivanco al poder en 1842, y la revuelta popular de 1872. En esta última, el pueblo “se alzó furioso contra las dictaduras militares, y despedazó a los tiranos”²⁹ (se refiere a los hermanos Gutiérrez). Así, se permitió que el Partido Civil, con Manuel Pardo a la cabeza, llegará al poder a poner orden.

Pero una bala mataría a Pardo, volviéndose a truncar el destino del Perú. Por ello, en este momento (1905), Riva-Agüero no hubiera dudado en calificar el siglo XIX con una frase que tuvo mucha fortuna años después en el ambiente historiográfico peruano: *un siglo a la deriva*.³⁰

²⁷ Véase O.C. (I, 120). No fue la única vez que Riva-Agüero se lamentó de la inexistencia de una verdadera clase dirigente. Reflexiones semejantes están en los *Paisajes peruanos*, cuando habla de su excursión al campo de la Quinua. Allí afirmó que Ayacucho (1824) fue un combate civil, “asistido cada uno por auxiliares extranjeros”. O.C. (IX, 154). Por ello, el americanismo que tanto se pregonaba entonces (este capítulo del libro fue publicado inicialmente el 28 de julio de 1916 en el diario *La Crónica*) era palabra hueca. Y la Colonia, con todo, reclamaba simpatía y reconciliación, y no anatema (p. 155). Ya vemos aquí cierta evolución en su juicio sobre la Colonia desde su posición inicial de 1905. Sin embargo, más adelante volvió con el argumento de la independencia como proceso de *emancipación*. Y al final argüía: “¿Quiénes se aprestaban a gobernar la república recién nacida? ¡Pobre aristocracia colonial, pobre boba nobleza limeña, incapaz de toda idea y de todo esfuerzo! En el vacío que su ineptitud dejó, se levantaron los caudillos militares” (p. 159). Estas frases, dichas en 1916, parecen una *mea culpa*, de algo que “nuestros abuelos” —diría Riva-Agüero— no hicieron en su debida oportunidad. Años después, Riva-Agüero reconsideraría estos duros juicios. En cuanto al grupo al cual alude Riva-Agüero, hoy día conocemos más acerca de su comportamiento frente a la Independencia. Léase el artículo de Rizo-Patrón (1998).

²⁸ O.C. (I, 121).

²⁹ O.C. (I, 122).

³⁰ La frase, como se sabe, es el título de un conocido y polémico libro de Bonilla (1980). Es curioso que una parte de la historiografía inspirada en muchas de las propuestas de

Por este caos –según Riva-Agüero– no debía extrañar que la literatura peruana (salvo Ricardo Palma) fuera de mediana o pobre calidad. Era fruto de la debilidad del “genio” del país. En parte no era culpa de dichos escritores. Por ello, de la obra trunca de Juan de Arona expresó que, al igual que Felipe Pardo y Aliaga, nacieron “especulativos donde es imprescindible ser prácticos”.³¹ Dicho esto, por cierto, con un fuerte dejo de lamentación (Riva-Agüero se refirió a la “dolorosa simpatía” que le generaba su obra).

Como estamos viendo, la visión del pasado peruano (sobre todo, del más tardío) en Riva-Agüero era bastante negativa. Podría pensarse que era fruto de su edad; que aún le faltaba mucho por aprender. Hay algo de cierto en ello. Una muestra fue que publicó el *Carácter* con unas *reconsideraciones* (a manera de un Apéndice) sobre la obra del padre Diego de Hojeda, dominico del Perú colonial, juzgada en su tesis (como toda la literatura colonial) con excesiva dureza. Pero esta explicación es insuficiente. Por ejemplo, otro contemporáneo de Riva-Agüero, Francisco García Calderón, expresó en *El Perú Contemporáneo* su admiración por Simón Bolívar, personaje duramente criticado por Riva-Agüero no sólo en el *Carácter*³² sino en otros escritos posteriores. Hay algo más, muy notorio en Riva-Agüero: nos referimos al impacto de la prédica anarquista de Manuel González Prada.

¿A qué nos referimos? González Prada (de origen noble como Riva-Agüero), hombre liberal e intelectualmente inquieto en su juventud, reaccionó violentamente, después de concluida la guerra del 79, contra los males del Perú (él, más que ningún otro, parece ser parte de los que, en opinión de Gálvez, lanzaban los ya aludidos “anatematos”). Entendible sentimiento de frustración en él y muchos otros por el caos

Marx haya recogido –tal vez sin saberlo– muchas de las propuestas del joven Riva-Agüero. Es algo que amerita estudiarse con mayor detenimiento en otro lugar. Recuértese que muchas de las proposiciones de Riva-Agüero y el novecientos eran moneda corriente en los colegios peruanos de los años 1930-1960 (incluso hoy), por lo que sus ideas se hicieron de sentido común para muchos. Esto último ya ha sido señalado por Macera (1988: 6).

³¹ O.C. (I, 174).

³² La crítica a Bolívar en el *Carácter* puede verse en O.C. (I, 24). Las frases que expresaban la simpatía de Francisco García Calderón hacia la figura de Simón Bolívar, caudillo con fuertes rasgos liberales –lo compara con Napoleón– se pueden ver hoy con mayor facilidad en la edición castellana de *El Perú contemporáneo* (García Calderón 1981: 73-76). Ver otro cálido elogio a Bolívar en A.H.R.A. Carta/F.G.C. a R.A. (París-Lima, 12-11-1909). No discrepaban, por cierto, en todo estos dos buenos amigos. Los dos, por ejemplo, coincidían en que lo mejor para el Perú republicano (poco preparado, según ellos, para ser una de-

que la guerra generó.³³ Por cierto, no todos asumieron su posición (v.g.; Ricardo Palma).³⁴ Lo real fue que la crítica del ahora radical González Prada (el cual terminaría sus días como anarquista) era feroz, sobre todo contra los que él pensaba eran los verdaderos culpables de la derrota de 1879: la burguesía guanera. No los *indios*, sino la clase dirigente,³⁵ incapaz de insuflar patriotismo a otros grupos sociales.³⁶

mocracia) hubiera sido una monarquía parlamentaria. Y como ello ya no era posible en el Perú (1907), García Calderón apoyaba la tesis de la reelección presidencial en una sola ocasión (para que el presidente tenga tiempo de cumplir sus planes), más el fortalecimiento de un senado que sirva de equilibrio "a la demagogia". Sobre ello, ver también A.H.R-A. Carta/ F.G-C a R-A (París-Lima, 13-5-1907). Igual opinión tenía Ventura García Calderón (A.H.R-A. Carta/V.G-C a R-A (París-Lima, s.f.). Por los datos que contiene, parece que esta carta fue escrita entre 1905 y 1909). Nota: ya se había editado el presente artículo cuando hemos tenido a la vista el tomo XVI de las *Obras Completas-Epistolario*. Véase las cartas correspondientes a los García-Calderón en el volumen I (pp. 604-828).

³³ Luis Alberto Sánchez (1977: 74) ha dicho que el impacto de aquella guerra para González Prada fue "indeleble. Fue un trauma del que no curó jamás. Su rechazo al militarismo, su odio a Piérola, su anatema permanente a los chilenos, su amor por el indio que le había inspirado las *Baladas peruanas*, la urgencia de arrebatar el poder a las 'personas decentes' (nombre que se daban a sí mismo los señores feudales y de buen peculio); todo eso creció allí en El Pino hasta la calle de la Merced, entre el 15 y el 16 de enero de 1881". González Prada fue reservista, como muchos otros, de lo cual ha dejado testimonio escrito. Un dato importante: la guerra se inició cuando González Prada contaba con 37 años de edad, época en que los sueños de juventud de muchos comienzan a volverse realidad, se realizan (totalmente o en parte), se han replanteado, o se destruyen. En su caso, fue lo último.

³⁴ Recuérdese que Palma, personaje muy admirado por los novecentistas –de él afirmó el joven Riva-Agüero –O.C. (I, 176)– que era un "[Manuel A.] Segura depurado y ennoblecido", que era el "representante más genuino del carácter peruano, es el escritor representativo de nuestros criollos". O.C. (I, 177)– era pierolista. Y Piérola fue duramente atacado por González Prada, por sus desaciertos a la hora de comandar la lucha contra los chilenos que entraban a Lima. Es más, González Prada también criticó la literatura de Palma porque veía al autor de las *Tradiciones peruanas* como parte de un pasado que había que rechazar, si es que el Perú quería *modernizarse*. Véase unos interesantes apuntes sobre Palma en el texto de Bonneville (1987: I, 209).

³⁵ La idea de que los campesinos eran los culpables de la derrota del Perú en la guerra del 79 parece que fue muy manejada por la elite peruana desde finales del siglo XIX. Habría que indagar más sobre este asunto. Sobre este y otros temas afines, ver el libro Manrique (1981). Añadamos que este y otros temas ligados a la participación de los campesinos en la guerra del Pacífico generó, años atrás, una importante polémica entre Nelson Manrique y Heraclio Bonilla, polémica que tiene muchos puntos en común con la sostenida entre Manuel González de la Rosa y el joven historiador José de la Riva-Agüero y Osma, a propósito de si los *Comentarios reales de los Incas* del Inca Garcilaso de la Vega era o no un plagio de las obras del jesuita Blas Valera. Valdría la pena también analizar este asunto.

³⁶ Su conocido discurso en el Teatro Politeama, recitado por Gabriel Urbina a un gran grupo de escolares y otros asistentes, el 29 de julio de 1888, es por demás claro res-

Ahora bien: resultó claro para los novecentistas que González Prada le echó la culpa de los desastres en el Perú a sus padres y abuelos. Hombrs –según Prada– incapaces de dirigir el Perú (país del cual –según él– no podía decirse que su población constituyera del todo una verdadera nación): a ellos sólo les interesaba defender sus particulares intereses.

En realidad, fue sobre este telón de fondo tejido por González Prada, recibido luego (como herencia intelectual) por los científicos sociales del Perú en el siglo XX, que los novecentistas comenzaron a reflexionar y a actuar.

Así, uno entiende mejor el epílogo al mejor libro de Riva-Agüero, *La Historia en el Perú* (1910). En él expresó, a propósito de la labor de la historia como fuente de moral y de búsqueda de la verdad, que el “alma nacional” sí existía. Que ella, sin embargo, estaba adormecida. Por ende, era necesario reavivarla. En esa labor, gran papel debían cumplir los historiadores.³⁷ Era una crítica a González Prada.

En general, Riva-Agüero y los novecentistas eran conscientes de la justeza de varias de las críticas lanzadas por González Prada, pero intuyeron sus consecuencias. Así, en el *Carácter*, Riva-Agüero expresó su admiración por González Prada, “porque procede de buena fe [...] [porque] ha desplegado [...] el estandarte del pensamiento libre; pero sus proyectos políticos me parecen errados, más aún, desastrosos”.³⁸ ¿Por qué? Según Riva-Agüero, González Prada y sus discípulos todo lo exageraban, lo violentaban; además el Perú necesitaba de concordia, unión, tranquilidad³⁹ porque “si vuelven las revoluciones,

pecto a lo que afirmamos. Léase el discurso en González Prada (1894). Cuando uno lo lee, uno cae en la cuenta que el joven Riva-Agüero pudo muy bien haber dicho varias de sus frases. Por otro lado, recordemos que el discurso tuvo graves problemas para ser publicado en los periódicos días después de recitado: su tono “subversivo” no era del agrado del gobierno de entonces.

³⁷ O.C. (IV, 506). De la debilidad de la nación peruana, también hay referencias en el *Carácter*. Cf. n. 19.

³⁸ O.C. (I, 243).

³⁹ La crítica a las posiciones intransigentes de González Prada dio pie para que Riva-Agüero. O.C. (I, 242-243) expresara lo que finalmente creía que era la política: “[...] es por esencia un equilibrio de fuerzas, serie de transacciones inevitables, adaptación, apreciación de oportunidades y tacto de circunstancias”. Y los ideales –en este esquema– eran importantes, a condición de no elevarlos a categoría de dogma y de no creer que puedan aplicarse de repente “sin tener en cuenta las resistencias”. Y por más que uno supiera que sus ideales fueran los “únicos racionales”, añadiría Riva-Agüero, aplicarlos a rajatabla quebrantaría la sociedad, destruyendo la *tradición*, el *orden* y el respeto. Por ello, tildó a González Prada de jacobino, inspirado en el “dictador” Robespierre. Más adelante (p. 250), reforzando todas sus opiniones ya expresadas, dice que en *Pájaros libres* hay “frases subversivas, anárquicas, excitaciones al desorden y a la revolución social [...]”

todo está perdido; no habrá salvación para nosotros".⁴⁰ Por cierto, Riva-Agüero no negaba –y en esto le daba la razón a Prada– que la política peruana había sido muchas veces una actividad "impura".⁴¹ Y que algo debía hacerse al respecto.

Ahora bien: los temores de Riva-Agüero frente a las propuestas políticas de González Prada no eran meros miedos personales. Ejemplo de ello fue la posterior salida radical que éste propuso al problema de marginalidad del indio en el Perú: ello se resolvería por su propia iniciativa. Que lo mejor que podían hacer era rebelarse contra sus patrones (muchos de los cuales, podían fácilmente ser identificados, en la mentalidad popular de entonces, con familias como los Riva-Agüero Osma).⁴² Lo cierto fue que, frente al desastre de 1879, la prédica pradiana debió asustar a algunos en el Perú de esos años. Era lógico temer lo que pasaría con el Perú si surgía una nueva guerra civil: además de seguir *subdesarrollándose*, se tornaría más débil que antes frente a otros países (sobre todo ante Chile, sobre el cual todavía existía el problema de Tacna y Arica). Por ello, ante la furiosa prédica revanchista de González Prada,⁴³ Riva-Agüero, en cambio, sin negar del todo una salida violenta, también dejaba entrever la posibilidad de una salida pacífica; era necesario, para desarrollar al Perú, no sólo un fortalecimiento militar, sino sobre todo económico e institucional.⁴⁴

⁴⁰ O.C. (I, 247). Según Ventura García Calderón (1986) todos sus coetáneos fueron (muy tempranamente) admiradores de Prada; sin embargo, fue precisamente su anarquismo lo que los alejó de él ("pretende hacer tabla rasa del pasado sin saber [...] cómo fundar una patria nueva sobre las ruinas de la antigua" (p. 536). Y esa fue la razón que los aproximó más a Palma, a pesar de que era "anticuado": "¡Qué importa! Todo lo salva y lo redime el amor de cada día a lo nuestro" (p. 536).

⁴¹ Léase las opiniones de Riva-Agüero (a propósito de lo "impura" que puede resultar la política -sobre todo en quienes la practican como mera lucha por el poder, echando mano de toda clase de armas-). O.C. (I, 243-244).

⁴² Véase su texto "Nuestros Indios", escrito hacia 1904 y publicado recién en 1924 (González Prada 1924: 337-338). De él Planas (1994: 29), afirma que, por su fecha de publicación, es improbable que haya sido precursor de posiciones indigenistas posteriores, como siempre se ha dicho. Sin embargo, un texto parecido pero más corto fue publicado en *Los Pariás*, periódico anarquista limeño de principios del siglo XX (30, noviembre de 1906). Por ello, estas ideas se conocían en esos años. ¿Qué tanto? Es algo que habría que indagar mucho más. Ver este texto en González Prada (1986: II, 4, 327-329).

⁴³ Si se lee todo el discurso en el Politeama, se verá que ello es muy claro.

⁴⁴ En una carta a Miguel de Unamuno (15/12/1906), a propósito del comentario elogioso que le hizo al *Carácter...* en *La lectura*, Riva-Agüero se reafirmó en sus críticas a González Prada. Se alegró que su campaña antirreligiosa haya fracasado ya que los

Por esta razón, Riva-Agüero criticó la idea pradiana de la necesidad de partidos de “principios” en el Perú (entendido por Riva-Agüero como una agrupación de personas cuyas ideas políticas fueran simple y llanamente una mera “exposición abstracta de determinados intereses”, es decir, un mero conjunto de dogmas), como parte del proceso de reconstrucción y desarrollo del país, luego del desastre de 1879, ya que ello era una forma de hacer mala política.⁴⁵ Aparte, la lucha política –necesaria al fin y al cabo– se tornaría en una lucha dogmática (defender un mero principio abstracto “agria la lucha”, decía Riva-Agüero), sin capacidad de poder realizar transacciones de ningún tipo. El caos, el conflicto y el fanatismo volverían (¿como en el siglo XIX?) porque –según Riva-Agüero– no había mejor forma de ser dogmático, que contradiciendo o no a la religión católica. Ello –añadió Riva-Agüero– terminaría desencadenando una serie de conflictos, semejantes a los que ensangrentaron a Europa durante todo el siglo XVII,⁴⁶ conflictos que nunca se habían dado en el Perú.

Así, en política, decía Riva-Agüero, se imponía el *posibilismo*.⁴⁷

Quién sabe: tal vez Riva-Agüero (quien criticó las exageraciones y proyectos políticos de González Prada), también exageraba. A pesar

peruanos “tenemos el estricto deber de organizar [...] la *revancha*, reivindicación armada contra Chile; o, cuando menos, el desquite moral, la completa restauración del poderío de nuestra patria. Para tan absorbente tarea, sería grande embarazo la lucha religiosa [...] Por felicidad no la tenemos. ¿Por qué, pues, habríamos de crearla puerilmente? [...] No hay cosa más funesta para un pueblo que distraer y malgastar las fuerzas contra enemigos imaginarios”. Ver la carta transcrita (con todas las demás cartas cursadas por estos dos escritores) en el artículo de Pacheco Vélez (1993). La cita es de Pacheco Vélez (1993: 196).

⁴⁵ Véase O.C. (I, 245-246). Según Riva-Agüero, esta clase de partidos “cuando existen no son sino el signo bajo el cual se reagrupan intereses de clases y de personas” (p. 245). Luego afirmó que la “[...] regeneración (del Perú) no puede venir de allí. Vendrá del progreso en la educación; del incremento de la riqueza; del combate sin tregua contra la inercia, contra la pereza criolla que nos mata, de la consolidación de la paz; de la estabilidad de los gobiernos, de una acertada reforma constitucional que limite la órbita de los poderes públicos [...]”. Es decir, de que la *República Aristocrática* pudiera ser mejorada como sistema social. Así, Riva-Agüero hubiera estado de acuerdo con lo que García Calderón dijo en *El Perú contemporáneo*: “[...] el progreso sólo se puede lograr con las fuerzas capitalizadas y con tradiciones organizadas y fecundas; en resumen, con un verdadero respeto al orden establecido. El orden, por lo tanto, es el primero de los progresos” (*Ibidem*: 200).

⁴⁶ Así se lo hizo saber en una carta a Miguel de Unamuno, fechada el 15 de diciembre de 1906, a propósito de los comentarios hechos por éste al *Carácter* (Pacheco Vélez 1993: 197).

⁴⁷ Esto era lo que, en estos momentos, pensaban muchos novecentistas sobre lo que debía ser la política. Citemos, por ejemplo, a Víctor Andrés Belaunde para quien el *posibilismo* “[...] es la renuncia momentánea a la realización completa del ideal, aceptando

de todo, él y sus coetáneos adoptaron bastante de la forma de pensar de González Prada. Mucho del anticlericalismo (o por lo menos agnosticismo) de Riva-Agüero, de su posición ascética frente a la vida y la política, de su *libre pensamiento*, se debió no sólo lo que él posteriormente llamaría "lecturas atropelladas" (Nietzsche), sino al impacto del discurso gonzález-pradiano en esta generación, tan sensible a los problemas del país (v.g., las críticas de Riva-Agüero al excesivo personalismo que ostentaban los partidos políticos era una crítica de claro humor pradiano).⁴⁸ Y no sería algo raro. Quien haya leído a González Prada puede dar testimonio de lo absorbente de su lectura, más allá de lo cierto o falso de sus afirmaciones.⁴⁹

Para terminar, algo acerca del anticlericalismo de Riva-Agüero. Habría que decir que, incluso, en esto, Riva-Agüero fue cauto. Su anticlericalismo fue algo ambigüo. Algunos dirán que sería mejor hablar de mesura en Riva-Agüero.⁵⁰ Lo importante a tener en cuenta es que, en general, ni Riva-Agüero ni los novecentistas pretendían, ni siquiera a este nivel, derruir el país. Su idea fue más simple: el uso de

su desintegración para asegurar la parte realizable o posible y facilitar más tarde, por evoluciones sucesivas, su incorporación definitiva a la vida de un pueblo" (Belaunde 1967: II, 464). En este sentido, el radicalismo político, por su culto a un ideal (dice Belaunde) sacrifica en un todo o nada los intereses individuales. En cambio, "el posibilismo honrado es un sacrificio más grande [...] En aras, no del concepto abstracto del ideal, sino de su futura realización, se desdeñan o apartan intereses personales y se ofrece lo más caro para un alma selecta: la integridad [...] del ideal de la conciencia [...] la pérdida de los suyos, y lo más peligroso: la crítica unida de los parciales y los adversarios; y se arroja como un fardo inútil [...] la popularidad" (*Ibidem*: 465). Una visión bastante ascética del accionar político: es como un sacerdote que predica en el desierto guiado no por el afán de riqueza sino de redimir a un pueblo de sus "pecados". Paradójicamente, una visión de la política no tan lejana de la visión puritana de González Prada.

⁴⁸ O.C. (I, 249-250).

⁴⁹ Loayza 1990, desde el análisis literario, llega a conclusiones semejantes a las nuestras. Léase los dos primeros capítulos de su libro. Por otro lado, Chocano (1987), al analizar la influencia de la obra de Riva-Agüero en la construcción de un discurso (en el siglo XX) sobre el sentido de la historia peruana, afirma que Riva-Agüero no hizo sino atemperar las propuestas de González Prada, con el fin de no aludir tanto a los posibles "culpables" por los males del Perú, sino más bien a que sólo se han cometido "errores".

⁵⁰ Comentando a González Prada y su furioso anticatolicismo, Riva-Agüero (1905: 208) aclaró su posición frente a él. Con un fuerte dejo kantiano en sus palabras, y a propósito de las reflexiones pradianas sobre la posibilidad de la aparición de bandos católicos y no católicos en la política peruana, dijo: "Yo soy anticlerical, pero creo que el anticlericalismo peruano ha de ser moderado, prudente, lento en sus aspiraciones. Para conseguirlas, no necesita organizarse como partido ni le conviene hacerlo. De la difusión

la razón, de la política pensada como pedagogía (y no como mero instrumento de lucha por el poder, ya sea para obtener prebendas o afianzar el poder económico que ya se tenía) era un instrumento poderoso del cambio. O como solía decir Francisco García Calderón, con cierta exageración: que la salvación del Perú estaba en una biblioteca.⁵¹

En este sentido, los consejos dados por el joven Riva-Agüero, frente al avance de los EE.UU. en el mundo, son clara muestra al respecto. Ese avance iba contra la tradición criolla, elemento constitutivo del "genio" nacional. Para equilibrar la balanza, se debía aprender lo bueno que tenía EE.UU. (su filosofía pragmática). Así, los criollos podrían ser aliados de los "yankees" y, con el tiempo, se formaría una capa de industriales que contrarrestaría su poder e importancia. Si no, el Perú terminaría siendo un protectorado de EE.UU.,⁵² como Cuba. Por otro lado, era necesario (como diría Javier Prado) educar a esta nueva elite de tal manera que se adaptara a dicho estilo de vida; pero también había que estimular la inmigración europea (sobre todo española e italiana) para que el predominio de la "raza latina" no se

de la cultura debemos esperarlo todo. No abandonemos el patronato, escudo que bien manejado defiende a los gobiernos de los avances de Roma; formemos un clero secular instruido, moral, que atienda más a las convenciones nacionales que a las órdenes impartidas de fuera; vigilemos al clero regular, no invistamos del episcopado a sus miembros, porque en ellos la insubordinación contra el poder civil, la intolerancia belicosa y la sumisión incondicional a la corte pontificia son mayores que en los clérigos; defendamos dondequiera la libertad de conciencia, [...] no proscribamos ninguna (doctrina), no nos erijamos en jueces infalibles de la verdad y del error; [...] prestigieemos los colegios del Estado, mejorémoslos sin cesar, [...] procuremos que domine en su enseñanza el criterio liberal e independiente [...]"

⁵¹ Es sintomático lo que Ventura García Calderón (1986: 532) dijo al respecto: "cuando nuestra generación buscaba a un Maestro de vida, sólo había encontrado a un bibliotecario". Una clara alusión a Ricardo Palma.

⁵² Estas opiniones nacieron como crítica a la famosa obra de José Enrique Rodó: *Ariel*. Véase O.C. (I, 288-299). Las opiniones del joven Riva-Agüero se matizaron en algo tiempo después, pero su desconfianza general hacia la cultura y política norteamericana se mantuvieron hasta el final de sus días. Por ejemplo, en un borrador de una carta a Rodó, el joven Riva-Agüero afirma que ha templado sus ideas frente al tema del industrialismo (su tesis fue fruto de su juventud). Sigue creyendo que una orientación estrictamente estética y literaria en la educación era nociva para el Perú; sin embargo, "cuando el ideal utilitario y mercantilista alcanza hasta las clases directoras en un pueblo, la política y el gobierno se convierten en negocios, como otros cualesquiera; y esa es la ruina completa [...] la disolución de la vida nacional". Por ello, dice que el desenvolvimiento nacional sería "corruptor" si no lo precediera una fuerte actitud moral. Ver la carta en A.H.R.-A. Carta-borrador/ R-A. a J.E.R. (Lima/Monteideo, 19-3-1908).

perdiera frente al avance de los EE.UU. Así, con la fusión de esos dos "genios" (el criollo y el latino, éste último, genio de los descubridores y colonizadores del país) "no [correría] peligros de otra suerte el espíritu nacional".⁵³ Una solución muy distinta –excesivamente idealista e ingenua para algunos hoy, dirán algunos– a la que pudo plantear González Prada, o alguien inspirado en sus ideas.

¿Todo lo anterior representó un sentido común rivagüerino sublimado en propuestas teóricas? ¿Actitud escapista frente a la realidad? ¿Posición elitista? Hay algo más. En realidad, ocurre que Riva-Agüero y sus condiscípulos participaban de un sentimiento común a todas las elites político-intelectuales de la época, que se resume en el optimismo frente al sistema capitalista (optimismo que, como ya vimos, no estaba exento de críticas).⁵⁴

Son, sin embargo, las palabras de un intelectual que se iniciaba (muy prometedoramente, por cierto). Años después, escribiría la que fue su mejor obra académica: *La Historia en el Perú*. Y tal vez porque fue un libro que tomó más años para ser elaborado (tema de una tesis doctoral), además de tratar acerca de un tema que le gustaba sobremanera, las cuestiones académicas eran más prolijas que las opiniones estrictamente políticas. Aún así, vale la pena evaluarla.

III. *La Historia en el Perú: la historia peruana en debate*

En *La Historia en el Perú*, Riva-Agüero se propuso hacer una revisión analítica de los historiadores peruanos que, para él, eran representativos de su época. Ya *ad portas* de imprimir el *Carácter*, todo parece indicar que Riva-Agüero tenía una idea bastante clara de lo que iba a ser su tesis doctoral.⁵⁵

El libro se abre con sendos estudios acerca de las obras de dos cronistas: el jesuita Blas Valera y el Inca Garcilaso de la Vega. Todo ello formaba parte de la hoy olvidada polémica entre Riva-Agüero y el erudito limeño Manuel Gonzales de la Rosa, sobre la autenticidad o

⁵³ O.C. (I, 299-300).

⁵⁴ Léase Basadre (1983: XI, 192). Por ejemplo, de García Calderón afirma que lo que "trató de articular [en *El Perú Contemporáneo*] fue un llamamiento a una burguesía moderna, progresista, ilustrada".

⁵⁵ Véase A.H.R.A. Colección Víctor Andrés Belaunde-Epistolario/VAB-E-1635/ Carta de R-A. a V.A.B. (Lima/Barcelona, 15-8-1905). Ver carta en *Anexo*.

no de las informaciones que daba Garcilaso (supuestamente, una copia de las de Valera). A partir de la crítica histórica, Riva-Agüero llegó a calcular con mucha exactitud lo que había de falso o no en los informes garcilasistas sobre el Perú prehispánico. Fue, en parte, un esfuerzo por ponderar la veracidad y honestidad del cronista cuzqueño. Fue además una reacción frente al exagerado españolismo de las tesis del padre Ricardo Cappa, las cuales faltaban –según Riva-Agüero– a la verdad histórica, amén que desmerecían –mal que bien– el aporte de lo inca a la construcción del Perú.⁵⁶

No se piense, sin embargo, que Riva-Agüero no criticó la obra del imperio incaico (la única entidad política prehispánica de cuya existencia se sabía a ciencia cierta. Estaban aún en marcha –recuérdese– las investigaciones de Uhle, la Antropología no existía en el Perú, y Tello no aparecía aún en la escena arqueológica peruana). Tildó categóricamente a los incas de “despóticos y comunistas”, limitadores del “respeto a la personalidad y a la libertad del individuo”,⁵⁷ males que –según Riva-Agüero– aquejaban aún al Perú de ese entonces. Sin

⁵⁶ Ver, sobre las tesis del padre Cappa, la larga nota (n.º 186) de Riva-Agüero en O.C./IV: 178-180. De Cappa, jesuita español, nacido en 1839, profesor del colegio de la Inmaculada (otro conocido colegio donde estudiarían muchos representantes de la clase dirigente peruana), y de alguna manera continuador de la lucha de Bartolomé Herrera contra la leyenda negra de la conquista, Basadre (1983: VII, 239-240) nos dice que entre 1885 y 1887 publicó tres tomos dedicados a la historia del Perú (s. XVI). Por su defensa de lo español, los libros causaron gran polémica en el ambiente anticlerical de ese entonces. Eso no fue todo: en 1886 publicó –para que sirviera de texto escolar– una *Historia compendiada del Perú con algunas apreciaciones sobre los viajes de Colón y sus hechos*. Ricardo Palma refutó ese folleto por su excesiva visión negativa del pasado incaico, su elogio al sistema colonial, y su defensa a la inquisición. Ese folleto, en un Perú que intentaba reconstruirse del desastre de 1879, tan sensible su opinión pública a los elogios y censuras, fue una provocación. A fines de 1886, por decisión del Congreso, los jesuitas abandonaron el Perú. Regresarían poco tiempo después.

⁵⁷ O.C. (IV, 180). No fue ésta la única vez que Riva-Agüero, librepensador, expresó su rechazo hacia las doctrinas marxistas. Su posterior rechazo a su juvenil actitud positivista se debió a que ello le recordaba –según él– al materialismo histórico. Sobre ello dejó muchos testimonios concretos luego de 1930. Sin embargo, no se necesita ir tan lejos. En el *Carácter*, en la parte donde evaluó y criticó la obra y acción política de González Prada, expresó también que otros, cercanos a González Prada, “también sueñan en emprenderla contra el capital y en propagar el socialismo. Sería para el Perú la última desgracia [...], la última plaga. Desde que aquí [...] no existe ninguna de las causas económicas que en los demás países producen el socialismo, introducirlo [...] sería [...] un veneno más mortífero que la lucha religiosa. Habría sonado la hora del hundimiento general”. O.C. (I, 248).

embargo, también argüía que no se podía negar que los incas tuvieron algunas cualidades, inherentes a “[...] casi todas las grandes sociedades”: los incas se acercaron mucho “[...] al ideal de orden, disciplina y bienestar en la obediencia”.⁵⁸

Y luego, la Conquista, las guerras civiles y el Virreinato. El país se “pacífica”.⁵⁹ Aparece la tranquila Colonia: un mundo “pacífico” pero, según Riva-Agüero, jerárquicamente organizado, en donde las órdenes religiosas eran muy importantes. Por esta razón, ella adoptó el ideal de los conventos (modelos de “soñolienta quietud”, pero también de “intrigas y rivalidades minúsculas”).⁶⁰ En la época colonial, ya no se escuchaban los estrépitos bélicos sino los acosos de algún corsario en la costa, la “anhelosa fatiga de los indios en las *mitas*”, y el “rumor de predicaciones y plegarias”.⁶¹

A este respecto, no valdría la pena hacer más comentarios: su visión de la época colonial no ha evolucionado mucho desde que escribió el *Carácter*: era un mundo bucólico, tranquilo, gris (como el cielo de Lima); pero lleno de actitudes “supersticiosas” y “fanáticas”, como las narradas (a propósito de las creencias religiosas de los indios) por el cronista Calancha.⁶² En este sentido, Riva-Agüero juzgó

⁵⁸ O.C. (I, 181). Obsérvese el desarrollo de la conocida temática del *pasado glorioso*, y de la necesidad de *orden, progreso y disciplina*, tan cara a los positivistas de la época. Sobre la evolución del pensamiento de Riva-Agüero acerca del imperio incaico, ver los apuntes de Porras (1954: 172-190), cuyo origen es el discurso necrológico que hizo ante el féretro de Riva-Agüero (1944). De él, hay una copia en O.C. (V, 3-31).

⁵⁹ O.C. (IV: 201-202).

⁶⁰ O.C. (IV: 203). Todo indica que el modelo que inspiró (o por lo menos reforzó) esta visión de la Colonia era la ciudad de Lima de fines del siglo XIX (la Lima de su niñez). Si no, veamos: “[...] el convento es la institución que representa y encarna el espíritu colonial. Esto, verdadero en todas las posesiones españolas del continente americano, lo es mucho más en el Perú, y especialmente en Lima. El alma de nuestra ciudad es un alma conventual. Todavía vive, aunque oculta y olvidada; todavía podemos sentirla a ratos. Ahuyentada del centro urbano por el bullicio moderno y por la vulgaridad pretenciosa de las construcciones nuevas, se refugia en los rincones a donde aún no llegan las fábricas actuales y los disparatados remiendos que llamamos *reparaciones*. Duerme el tranquilo sueño del pasado en las iglesias y las calles silenciosas, y al abrigo de las largas cercas de los monasterios”. Es claro aquí el planteamiento de otra temática muy recurrente entre algunos historiadores limeños: que Lima es sinónimo del Perú. Es más, en 1933, Riva-Agüero creía con más fuerza en ello (léase una parte del discurso por el centenario del natalicio de Ricardo Palma, O.C. II: 432-433).

⁶¹ O.C. (IV, 202).

⁶² O.C. (IV, 225-227). Este tipo de expresiones hacia los *indígenas* –incluso más duras– se encuentran también en el *Carácter*. Allí (O.C. I. 189-190) explicó Riva-Agüero por qué el tema de lo indígena y lo incaico no abundaba en Palma: es que esos temas no se

estos fenómenos con criterios (en parte) tributarios del liberalismo decimonónico, el cual veía lo indígena y lo campesino en el Perú como *desfasado, arcaico*, frente a lo *moderno*, es decir, la sociedad surgida después de la revolución industrial.⁶³

Todos los males que aquejaban a las sociedades hispanoamericanas del siglo XIX y XX ya estaban, según Riva-Agüero, en los conventos coloniales. Eran como pequeñas repúblicas de criollos. En ellos existían revoltosos, corruptos, ambiciosos, sobornadores y sobornados; desorden en el manejo de las rentas; grandes peleas por la elección de los padres provinciales y los priores (como la lucha –diríamos nosotros– por las mesas electorales en la República Aristocrática, si no ya antes de 1895), provinciales que se “locupleteaba[n] cuando podía[n] y enriquecía[n] a sus parciales”, etc.⁶⁴ Y como no era posible reelegirse, la administración saliente lograba imponer como sucesor a un sumiso partidario suyo.⁶⁵

Otra vez se observa que subyace en toda esta argumentación la idea (expresada también en el *Carácter*) de la existencia en el Perú de una clase dirigente incapaz, origen de todos los males en el país, cuyos vicios pueden rastrearse desde la época colonial.

Sin embargo, Riva-Agüero sentía algo de nostalgia por la Colonia, específicamente por el siglo XVII. Ocurre que esos años fueron, a su

prestaban bien –según él– al género “castizo” (léase *criollo*) que él inventó. Y ello le da pie para lanzar expresiones desdeñosas pero, sobre todo, temerosas acerca del poblador de los Andes, las cuales dicen mucho de su dificultad para asimilar al poblador de la sierra en su *imaginario* no sólo literario sino, sobre todo, político. Algo distinta será su actitud en los *Paisajes peruanos*: tal vez el visitar la sierra en 1912 le impactó de tal manera que se vio obligado a revisar (en parte) sus juicios. Sobre el discurso novecentista acerca del *indio* –de un talante distinto pero relacionado con lo que se ha llamado *indigenismo*– sabemos aún muy poco. Dos textos recientes pueden orientar y abrir una discusión: las páginas dedicadas al tema en el libro de Gonzales (1996), y el texto de Lauer (1997).

⁶³ Por lo dicho, el liberalismo de Riva-Agüero fue más tributario de lo que Touchard llamó “conservadurismo ilustrado” (Touchard 1964: 307-311). Estas ideas liberales, como lo ha explicado Touchard, no eran incompatibles, por cierto, con la existencia en la persona que las propugnaba (el caso del joven Riva-Agüero) de elementos tradicionalistas (*orden, jerarquía, tradición*). Percibimos que el pensamiento tradicionalista (que incide en determinismos de la raza, el medio geográfico y el contexto histórico para explicar el desarrollo de los pueblos) pesaba mucho en el pensamiento de Riva-Agüero (en este sentido, el *Carácter* fue una obra muy cara a la influencia de H. Taine. Recuérdese que Taine fue liberal en su juventud, al igual de Riva-Agüero. Cf. Touchard 1964: 823-824).

⁶⁴ O.C. (IV, 238).

⁶⁵ O.C. (IV, 239).

entender, de apogeo para Lima, como capital virreinal, cuyos edificios tanto añoraba Riva-Agüero. Pero había algo más: la ciudad de Lima fue, en esos años, como una nueva Bizancio, “[...] sin herejías ni revoluciones militares”.⁶⁶ Por ello, cuando avanza en el tiempo, sentimos el contraste.

Por ejemplo, justificaba la deposición del virrey Pezuela por La Serna (último virrey del Perú), ya que se empeñó en “cruzarse de brazos” y dejar que el caos generado por la entrada de San Martín al Perú prosiguiera.⁶⁷ Sin embargo, no juzgaba con dureza a San Martín: le eran simpáticos sus planes monárquicos.⁶⁸ Pero llegó Simón Bolívar y todo fue un caos, del cual se intentó salir por medio de la Confederación Perú-Boliviana. Su juicio en este sentido fue categórico: “[...]vemos en la ruina de la Confederación una de las mayores desgracias nacionales y el prólogo de los desastres de 1879”.⁶⁹

La llegada de Bolívar fue nefasta para el Perú, en opinión de Riva-Agüero: perdió muchos territorios (la audiencia de Quito, la actual

⁶⁶ O.C. (IV, 267). La cursiva es nuestra. Nuevamente Riva-Agüero vuelve a la carga con el argumento de que, a pesar de todo, el tiempo pasado fue mejor.

⁶⁷ O.C. (IV, 414). Cuando el caos cunde y alguien se “cruza de brazos”, es decir, cuando surge un vacío en el poder que puede ir contra el orden establecido (y acabar, por así decirlo, con la tradición) he ahí el único motivo por el cual se debía hacer una *revolución* para el joven Riva-Agüero (así calificó a este intento exitoso de la Serna por hacerse del poder). Ello no es mera especulación nuestra. Otra “revolución” también es justificada en semejantes términos por Riva-Agüero: el golpe de Estado que da Nicolás de Piérola en diciembre de 1879, que en plena guerra del Pacífico, depona al general La Puerta, anciano, quien reemplazó al presidente Mariano I. Prado al viajar, inconvenientemente, al extranjero, luego del desastre del 8 de octubre (Angamos) a comprar (o agilizar la compra) de armas para el Perú. Esta idea subsistió en Riva-Agüero más allá de 1930. Riva-Agüero (recuérdese) apoyó a sendos regímenes autoritarios (como lo fueron el de L. Sánchez Cerro y el de O. R. Benavides): era la idea de que esos regímenes, con todas sus fallas, son el mal menor frente al avance del APRA y de los comunistas, generadores de caos y desorden en el país.

⁶⁸ O.C. (IV, 447). Es en este sentido que –según Riva-Agüero– deben entenderse las acciones de su bisabuelo, primer presidente del Perú, al intentar dialogar con los españoles frente al fracaso de los proyectos políticos de San Martín, y la inminente llegada de Simón Bolívar al Perú: buscaba mantener la independencia del Perú, pero bajo un régimen de monarquía constitucional, con un príncipe español a la cabeza. Así el *orden* se hubiera mantenido en el país (O.C. IV, 470).

⁶⁹ O.C. (IV, 343). Este es un típico peligro que suelen cometer los historiadores. Se trata de un tipo de análisis en el cual hay eventos que predeterminan el desarrollo de un grupo humano por décadas, siglos e, incluso, milenios. De esta especie de fatalismo histórico, algo se dice en el texto ya citado de Chocano (1987); sin embargo, es un tema que merecería ser estudiado con mayor atención. Otras alusiones en este sentido en la p. 482. Un análisis más detallado de esta “oportunidad perdida”. Cf. O.C (IV: 481-488).

Bolivia); así perdió la oportunidad de ser el Brasil del Pacífico.⁷⁰ Y mucho de culpa por este fracaso la tenía, a su entender, la nobleza colonial, ambigua en su actitud hacia San Martín (de "peruana blandura" dirá Riva-Agüero). A pesar de todo, esa clase (que se "arruinó por carencia de prestigio, energía y habilidad") era preferible a los "brutales y rapaces pretorianos" que la reemplazaron.⁷¹

Después de todo este repaso, es dable preguntarse si para este joven historiador, lleno de grandes dosis de escepticismo (y recuérdese que los escépticos suelen ser agnósticos) existía futuro para el Perú. Si la nación peruana era una realidad, y qué debía hacerse, en su opinión, para reparar todo lo perdido en 1879.

Ya hemos visto que, en esto, los novecentistas se diferenciaron de González Prada. A pesar de todo lo malo que había sucedido en el Perú, consideraron que hubo esfuerzos pasados por hacer bien las cosas. Por esta razón, para ellos la patria era una creación histórica; no era sólo el presente sino el pasado *en cuanto a lo glorioso que hubo en ella*. Era, en definitiva, un esfuerzo por preservar la "santa cadena de la tradición nacional".⁷² Que no se hablara de la no existencia en el Perú de gestos gloriosos a recordar. Más bien —diría Riva-Agüero— que se hable de "oportunidades perdidas". Que no se dijera que no había "alma nacional" o que todo fue malo en el Perú (como lo decía González Prada). Ocurre que algunas veces no es que se haya querido actuar mal, por parte de muchos en el Perú; más bien, lo que ha sucedido es que se han cometido errores.⁷³ Pero llegados a este punto, después de todos los juicios lanzados por el autor a la política peruana pasada, cuesta creer que sólo se tratara de errores. Por otro lado, en ninguna parte del famoso epílogo, Riva-Agüero definió con clari-

⁷⁰ Véase O.C. (IV, 444-445). En este texto, Riva-Agüero se reafirmó en su posición política, defensora de un ideal monárquico, que en 1910 sólo lo podría llevar a cabo, según él, una república conservadora. Pero necesitaría como requisito indispensable la existencia de una clase dirigente enérgica, "que en el Perú no ha existido jamás" (O.C. IV, 445). Si eso hubiera existido en el Perú del siglo XIX, la anarquía hubiera desaparecido. Aquí sólo existió una versión inacabada de Diego Portales o Porfirio Díaz, al decir de Riva-Agüero: Ramón Castilla y Manuel Vivanco (O.C. I, 122-123).

⁷¹ O.C. (IV, 436).

⁷² O.C. (IV, 504-505).

⁷³ Lo de las "oportunidades perdidas" en O.C. (IV: 508-509; n. 49). Véase también Flores-Galindo (1988). Es en este contexto que habría que reentender los juicios de Riva-Agüero sobre Palma. Por ejemplo, la burla que Palma emplea en sus relatos (que divierte, dice Riva-Agüero pero que, sobre todo -añadamos nosotros- no era la crí-

dad lo que él entendía por alma nacional. Tal como nosotros lo vemos, parece que esa alma nacional se confundía mucho con sus propios conocimientos de la historia peruana, con los sentimientos de su propia experiencia vital (su niñez rodeada por los recuerdos *gloriosos* de un pasado familiar y grupal), los valores adquiridos en su colegio, y los propios del grupo social al cual pertenecía.⁷⁴

Equilibremos, sin embargo, un poco la balanza. Desde el punto de vista estrictamente académico, *La Historia en el Perú* fue, para el medio intelectual peruano de entonces, un libro muy bueno. Aún hoy (2002) se lee con provecho. En el epílogo, hizo Riva-Agüero un llamado a los intelectuales para que fueran una especie de guías morales y conductores de opinión en el Perú, asunto ya planteado por González Prada, pero academizado y difundido como una labor a realizar (a manera de cruzada) por Riva-Agüero y los novecentistas. Es un tema aún de plena actualidad. Parafraseando a Marx, diría Riva-Agüero, ¿los historiadores deben sólo interpretar el Perú, o se trata de transformarlo?

tica feroz de Prada) era parte de un objetivo mayor, según Riva-Agüero: la "evocación" de un mundo en donde prima (en las descripciones de Palma, se entiende) lo *criollo* y lo *tradicional*, a diferencia de las obras de Felipe Pardo y Aliaga, donde lo costumbrista es lo accesorio y la sátira política lo más importante (O.C. I, 177). Ese mundo evocado por Palma, por otro lado, era un mundo donde, por efecto de la risa "candorosa", estimulada por los relatos del autor, se produce una sensación de igualdad social (O.C. I, 176). Era el mundo idealizado, tranquilo y jerárquico de Riva-Agüero (los tiempos "gloriosos"), del cual habla mucho en sus ya citados recuerdos de niñez, diferente al mundo "anárquico" y "desigual" denunciado ácidamente por Prada. Así, las *Tradiciones* de Palma eran para Riva-Agüero como "las tiernas y vagas memorias de la niñez, como los archivos de nuestros abuelos; como una galería de retratos de antepasados[...]". O.C. (I, 187).

⁷⁴ Después de todo lo comentado uno tiene que llegar a esta conclusión. Pero, insistamos un poco más en ello. En el *Carácter* (O.C. I) hay referencias concretas que avalan lo que estamos diciendo (véase algunos pasajes en que Riva-Agüero asimila la idea de *nación* a la de su grupo social de origen: O.C. I, 70-71; 129; 137). Un ejemplo: cuando habló de Francia como centro cultural (la "Grecia moderna", p. 275), Riva-Agüero afirmó que el Perú no debe abandonar su influencia (a pesar del actual decadentismo literario "modernista" que sufre ese país europeo) porque, entre otras cosas, "el carácter Francés [por esencia "latino"] se parece al peruano" (p. 276). Por ello, también compartían ambos pueblos los defectos (que no se debían imitar, según Riva-Agüero: la "ligereza, la frivolidad burlona, el atolondramiento, la irreflexión, la vanidad y la petulancia son vicios muy franceses; y en sobrada cantidad los tenemos en casa", p. 277). ¿"En casa" era su universidad, su entorno de estudios, o su mundo colegial? ¿frívola era acaso toda la población peruana de ese entonces? Sobre el mundo social y mental ligado a su niñez, ver Gómez (1997: cap. I).

Obviamente, las transformaciones pensadas por el novecentismo eran de un talante diferente al de Marx. Nada de violencia: apelar al papel de la razón y al actuar de los más capaces, llamados a dirigir el país. De ahí que (por ejemplo), su ideal de universidad –centro exclusivo de preparación intelectual de las *clases directoras*– era muy diferente al de las universidades peruanas masificadas de nuestros días.⁷⁵

Podría achacársele a Riva-Agüero el haber sido segregacionista al esgrimir estas opiniones (sobre todo en un país donde estudiar no era –y aún hoy no lo es– sólo cuestión de capacidad mental sino, sobre todo, de capacidad adquisitiva). Hay algo de cierto en esto. Pero no olvidemos que el Perú de esos años era diferente al de hoy. Lima tenía pocos estudiantes universitarios porque, al fin y al cabo, la ciudad tenía apenas un poco más de 150,000 habitantes. Por ello, la exigencia de Riva-Agüero de que ingresaran a la universidad sólo los que realmente amaran la investigación y el estudio resultaba, hasta cierto punto, un reproche y crítica hacia una parte de su propio grupo social, grupo que, en definitiva, era de los pocos que tenían real acceso a la Universidad.

Su ideal de universidad estaba muy influenciado por el ambiente liberal de la época. En este sentido, Riva-Agüero pensaba que había que liberarla de su pasado colonial.⁷⁶

En cuanto a *La Historia en el Perú*, se publicó en 1910 pero la investigación que condujo a ella comenzó en 1905. Tenía Riva-Agüero 25 años al editar su obra. En ese año (1910), con no pocos problemas, Augusto B. Leguía era presidente del Perú. Lo fue desde 1908 y lo sería hasta 1912. Ya había pasado más de una década durante la cual

⁷⁵ En O.C. (I, 296), nos dice que el “[...] ideal [de universidad] debe ser: no muchos literatos y hombres cultos, sino algunos, pero muy bien instruidos; una selectísima aristocracia de la inteligencia; intensidad, no extensión”. Y en un artículo aparecido poco tiempo después en *El Comercio* (28-8-1907, edición de la tarde, p. 3), Riva-Agüero, luego de calificar –no le faltaba razón– a la universidad de ser una mera escuela profesional (con un intelectualismo anémico y estrecho, con programas detallistas y memoristas) se reafirmó, sin embargo, en su posición ya esgrimida en 1905: mejorar la universidad era atender mejor a las que luego serían las clases “directoras” del país. Por ello, había que infundirles amor a la verdad, la justicia y el deber. La universidad, en este sentido, no sólo debía preparar para tal o cual carrera sino también para la vida. Por eso, ella debía ser un centro científico pero, sobre todo, educativo y de acción social: “la universidad debe ser una escuela de civismo, infundir virtudes [...]”; debía, además, difundir sus conocimientos al resto de gente, y ejercer así una verdadera “tutela educativa”.

⁷⁶ En otro artículo, aparecido en *El Comercio* del 24 de setiembre de 1907, expresó Riva-Agüero otra vez su posición. Luego de analizar los males de la Universidad de San

los presidentes civiles se sucedían consecutivamente en el Perú. Leguía, por otro lado, llegó al poder como candidato oficial del anterior presidente, José Pardo (1904-1908). Éste, pariente de Riva-Agüero, había llegado al poder, apoyado por el joven y progresista sector ligado al Partido Civil, que terminaba o estaba a punto de terminar la Universidad. En general, a muchos universitarios de la época los unía el deseo de que Pardo llevara a su culminación el proceso de reconstrucción y crecimiento del país potenciado durante el gobierno de Piérola,⁷⁷ el cual debía ser continuado por Leguía. Riva-Agüero participaba de todo este impulso que, por otro lado, se veía fortalecido por la fuerte influencia del positivismo en la actividad intelectual de entonces. El positivismo los lanzaba a pensar en lo "limitado y concreto" del país sin tantos devaneos ni sutilezas.⁷⁸

Los novecentistas fueron muy conscientes de su posición social y de su rol en la política y la cultura del país. Ellos plantearon muchos

Marcos (memorismo, existencia de "argollas" para conseguir las cátedras, absurdo método de *dictar* las clases por algunos de los profesores, régimen igualmente absurdo de exámenes –uno por cada curso, escasa investigación– que se reflejaba en el bajo nivel de las tesis, dedicación a tiempo parcial de sus profesores y alumnos por la pobreza del medio) afirmaba, por todo ello, que la universidad –de hábitos muy coloniales– no estaba a tono con la época. Y concluyó diciendo que así no se estimulaba a la juventud a nada, más que a luchar únicamente por míseros puestos y salarios, pues el mismo sistema universitario los acostumbraba a ello. Y que era necesario y bueno que creyeran en algo más; no importaba que fueran, a su entender, católicos o socialistas, ateos o religiosos, conservadores o radicales, reformistas o retrógrados; lo que importaba era "que sean algo, con calor y sinceridad" (Riva-Agüero 1907b: 5-6). Otra vez se resalta el papel de la universidad como estimuladora de una nueva clase dirigente, tema al cual volvió en el discurso en honor a Iberico ya citado (1917). En él dijo que "que si no había robusta educación conjuntamente filosófica e histórica, no puede haber cultura seria en las clases directoras [...] país en que no exista siquiera una corta minoría para alimentar el sagrado fuego de la pura inteligencia, dará en los demás ordenes de su actividad funestas pruebas de frivolidad y ligereza [...]" O.C. (X, 169-170).

⁷⁷ En el discurso en el entierro a uno de sus grandes amigos, José María de la Jara y Ureta, el 22-11-1935, Riva-Agüero dice que la "hacienda [durante el gobierno de Pardo en 1904-1908] se incrementaba y saneaba, sin agobios tributarios; los institutos civiles y militares se regeneraban [...]" O.C. (XI, 213).

⁷⁸ Para 1917, en el discurso en honor a Iberico ya citado, Riva-Agüero se proclamaba idealista (Henri Bergson, tema del discurso, estaba muy de moda en ese entonces). En cuanto al positivismo, obsérvese que González Prada también fue influenciado al final de su vida por el positivismo francés (también tenía una fuerte fe en el poder de la ciencia). Riva-Agüero notó esto cuando estudió a González Prada en *Carácter* No es que uno haya copiado al otro, sino que los dos estaban bebiendo de la misma fuente. Sin embargo, vemos que procesaron estas ideas de diferente forma.

de los temas que otros intelectuales posteriormente replantearían e, incluso, harían aparecer como de su propia factura. Lo que cambió, más bien, fue la perspectiva del análisis (lo que hoy llamaríamos la coyuntura política, el momento político). En el caso del novecientos, su idea era influir en la elite en el poder, con el fin de promover reformas: un cambio sin ir contra la propiedad de dicha elite.⁷⁹

Todos los novecentistas participaban de esta actitud. Tal vez Riva-Agüero fue el más conservador de ellos (o “castizo” para emplear el término que solía utilizar Víctor Andrés Belaunde). Observamos, así a un joven estudioso, que en medio de un ambiente intelectual limitado y algo mediocre, elaboró –para su época– dos buenas tesis y lanzó un programa de acción (ellos lo llamarían “regeneración”) político-intelectual. En algunos escritos esto se puede ver con más claridad que en otros, pero creemos que la intención es clara: se estaba planteando, de manera general, lo que podría llamarse un bosquejo de proyecto nacional, cuya inexistencia (o debilidad) tanto enrostró González Prada a la elite de la época (y que Riva-Agüero también le enrostraría; si no, ¿para qué tanto esfuerzo en lanzar éstas y otras propuestas?).⁸⁰ No tardaría Riva-Agüero –como otros intelectuales lo han hecho en otras épocas de la historia del Perú– en pasar a la acción, interviniendo directamente en la política de su época. Tema de otro artículo.

⁷⁹ Cf. nota 57.

⁸⁰ Esto es muy claro para quien lea *La Historia y Carácter*. Y para que se vea que en ello Riva-Agüero siguió insistiendo tiempo después, léase un pasaje de los *Paisajes peruanos* –O.C. (IX, 214)– donde criticó a la elite del Perú su estrecho nacionalismo frente a lo que pudo ser la Confederación Perú-Boliviana, reforzando además otra idea del 900 sobre lo que puede ayudar al desarrollo del Perú: “Por contradecir en todo las tendencias de la Confederación, multiplicaron las restricciones y trabas para con los extranjeros, sin comprender que la inmigración y los capitales de Europa significaban vida e influencia civilizadora”. Otra vez, se oyen los ecos de las tesis de Javier Prado de 1894.

ANEXO

[CARTA]

Señor Doctor Don Víctor Andrés Belaunde.
Barcelona.

Lima, 15 de Agosto de 1905.
Querido Víctor Andrés:

Supongo que estará usted informado por los periódicos de lo po-
quísimo nuevo e interesante que por aquí sucede. Todo: política, ami-
gos, vida intelectual y vida universitaria, continúa en el mismo o casi
en el mismo estado en que lo dejó usted; y las escasas novedades que
han ocurrido, las sabrá usted tan bien como yo cuando esta carta
llegue, fuera de que no soy de los mejor informados de esas cosas.

Sigo en la misma vida de antes: leyendo algo y aburriéndome un
poco. Usted en cambio, que hace un viaje tan agradable, ha de tener
gran número de ideas e impresiones frescas. Algunas de ellas me
prometía yo conocer; y aunque he recibido de usted dos amables tar-
jetas postales que he agradecido mucho, porque prueban que no olvi-
da usted a los amigos de Lima, mi temperamento retrógrado y
antiprogresista no ha podido menos que deplorar la invención de es-
tos novísimos medios de correspondencia, que la acortan, la concen-
tran y le quitan intimidad. Espero, pues, en respuesta a esta carta,
otra, cuando menos de igual extensión.

Quizá no sepa usted que Francisco García Calderón se ha ido a
Chile por dos meses, a curarse de una fuerte neurastenia. Sospecho
(no lo sé de cierto) que el corazón ha entrado por algo con sus dulces
tormentos y ardientes inquietudes en la depresión nerviosa que pade-
ce nuestro amigo. En este capítulo de los nervios y en el del amor, que
con él se relaciona, sigo yo por felicidad tan sano y tranquilo como
siempre.

Mi tesis para el bachillerato de letras va a estar lista dentro de vein-
te días. Hubo mil tropiezos, que no puede usted imaginarse, para la
impresión y la corrección de pruebas, y temo que salga con muchas
erratas. He tenido ocasiones de sobra para arrepentirme de no haber
querido aceptar la proposición de usted y mandarla a Barcelona.
Cuando esté concluida, no sé adónde enviársela; pero lo averiguaré.

Supongo que ha de ser a Madrid o a Barcelona, a causa de la prórroga del alegato, de la cual oigo hablar aquí a saciedad y que se interpreta comúnmente como un ardid de los bolivianos. ¿Es cierto, o la prudencia del precoz diplomático impone reserva sobre este asunto?

Harto de literatura del Perú Independiente, acerca de la cual he tenido que leer mientras escribía la tesis y para desdicha mía, cerca de cincuenta volúmenes, que en su mayor parte se disputan entre sí los premios de la insulsez y la tontería, me he refugiado desde hace cuatro meses en la historia colonial. No es muy agradable refugio, dirá usted. Sin embargo, es muy preferible a mis anteriores lecturas: tiene la poesía de lo antiguo. Sólo el presente es vulgar y fastidioso. ¡Guerra al presente! Es preciso salir de él a toda costa: trabajando para que se realice el futuro, o, cuando no hay fuerzas y años para ello, sumergiéndose en el pasado. Los del grupo del *Mercurio*, que me propongo estudiar en este mes, no hacían otra cosa; y antes de comenzar a leerlos no me imaginaba yo qué fuerza, si no de voluntad a lo menos de deseo, qué ardor de estudio, qué afán de renovación intelectual; existió a fines del callado siglo XVIII en este ambiente criollo y en este perezoso clima.

Después de ellos, la reforma de la sociedad colonial era ya inevitable. Sus hijos no hicieron más que aprovecharse de la primera oportunidad para ejecutarla; y Dios sabe cómo.

Este estudio sobre *El Mercurio* me servirá tal vez para escribir un artículo. Traigo desde hace meses otro proyecto más vasto para mi tesis doctoral de letras. En caso de realizarlo me tomaría dos años. Es mucho tiempo, pero ¿en qué he de ocuparme, si no me quiero aburrir? Y luego, si ahora no trabajo en estas cosas y aprendo historia, es casi imposible que después las preocupaciones de la vida activa me lo permitan.

Mi proyecto es el siguiente: un ensayo sobre los historiadores peruanos, desde los primeros cronistas de las guerras civiles entre los conquistadores hasta Paz Soldán y Mendiburu, considerándolos desde el punto de vista filosófico y también desde el artístico. Examinaría el concepto que se han formado de la historia y la manera de escribirla, y no sólo me detendría en su apreciación literaria y filosófica (quiero decir, en sus ideas más o menos generales, en sus teorías políticas, en el ideal social que más o menos tácitamente encierran sus obras), sino que al tratar de muchos que no ofrecen materia para tales consideraciones, procuraría señalar fuentes comunes, comparar textos, discutir la veracidad; en suma empeñarme en trabajos de erudición, pero sólo

incidentalmente y como de pasada. Concluiría señalando una tesis que no necesita probarse: que carecemos de una verdadera historia, y expresaría cuál es el concepto que hoy, después de Macaulay, Taine y Mommsen, existe acerca de la historia general y filosófica; explicaría cómo entiendo que han de utilizarse las historias narrativas que poseemos, hasta donde podemos aspirar que las condiciones del historiador moderno se realicen dentro de las modestísimas circunstancias de nuestro medio y qué enseñanzas es permitido colegir que se desprenderían de la historia así entendida y escrita. Como he principiado a aprender inglés con formalidad, incluiría en mi trabajo, por más que no entra necesariamente en él, un estudio sobre todas las obras de Prescott, que ya entonces supongo que podré leer en el original. El proyecto a la vez me asusta y me atrae ¿Lo cree usted muy audaz? Dígamelo con franqueza. Por otra parte, no tendré que precipitarme. Trabajaré despacio.

Muy larga se ha hecho esta carta; y hay que explicar la razón de dimensiones tan inusitadas. No sé por qué fatalidad todos mis amigos se han dispersado en esta semana; y en este triste día de invierno, encerrado en casa por fuerza, porque estoy indispuesto, me he consolado de la falta de amigos presentes, escribiendo largo y tendido a uno de los ausentes más íntimos, con la misma franqueza que en nuestras agradables charlas, que ojalá pronto continuemos de viva voz.

Su afectísimo,

José de la Riva-Agüero [*rubricado*].

Bibliografía

- ANDERLE, Adám
1988 "El positivismo y la modernización de la identidad nacional en América Latina". *Anuario de Estudios Americanos*. 45. 419-484. Sevilla.
- BASADRE, Jorge
1983 *Historia de la República del Perú 1822-1933*. Séptima edición. Lima: Editorial Universitaria.
- BELAUNDE, Víctor Andrés
1967 *Trayectoria y destino. Memorias*. 2 t. Lima: Ediciones Ediventas.
- BONILLA, Heraclio
1980 *Un siglo a la deriva: ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- BONILLA, Heraclio y Karen SPALDING
1981 "La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos". En *La independencia en el Perú*. Segunda edición. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 70-114.
- BONNEVILLE, Henry
1987 "El 'Credo' de don Ricardo: divulgaciones sobre Palma". En *Libro homenaje a Aurelio Miró Quesada Sosa*. Lima: Talleres Gráficos P. L. Villanueva S.A. Editores, I, 205-213.
- BURGA, Manuel y Alberto FLORES-GALINDO
1984 *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Tercera edición revisada. Lima: Rikchay Perú.
- CARMAGNANI, Marcello
1984 *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930*. Barcelona: Crítica.
- CHOCANO, Magdalena
1987 "Ucronía y frustración en la conciencia histórica peruana". *Márgenes*. 2: 43-60. Lima.
- CUETO, Marcos
1986 "La organización de una cultura científica en Lima: 1890-1932". *Apuntes*. 18: 129-139. Lima.

FLORES GALINDO, Alberto

1988 "La imagen y el espejo: la historiografía peruana (1910-1986)".
Márgenes. 4: 55-83. Lima.

GÁLVEZ, José

1921 *Una Lima que se va (crónicas evocativas)*. Lima: Ediciones Euforion.

GARCÍA CALDERÓN, Francisco

1981 [1907b] *El Perú contemporáneo*. Edición y prólogo de Luis Alberto Sánchez.
Lima: INTERBANC.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura

1986 [1946] "Nosotros". En *Páginas escogidas*. Lima: EDUBANCO.

GILBERT, Dennis

1982 *La oligarquía peruana: historia de tres familias*. Lima: Horizonte.

GÓMEZ ACUÑA, Luis

1997 *Ideología y política en José de la Riva-Agüero y Osma: los años de juventud*. Tesis (Licenciatura). Facultad de Letras y Ciencias Humanas.
Mención en Historia, Pontificia Universidad Católica del Perú,
Lima.

GONZALES, Osmar

1996 *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*. Lima:
Ediciones PREAL.

GONZÁLEZ PRADA, Manuel

1894 *Páginas libres*. Paris: Tipografía de Paul Dupont.

1924 *Horas de lucha*. Segunda edición. Callao: Tipografía "Lux".

1986 *Obras completas*. Lima: Ediciones COPÉ, t. II, vol. 4.

HERRERA, Bartolomé

1929 "Sermón pronunciado por el Dr. Bartolomé Herrera, Rector del
Convictorio de San Carlos en el Te Deum celebrado en la Iglesia
Catedral de Lima el 28 de Julio de 1846". En *Escritos y discursos*.
Lima: Librería Francesa Científica y Casa Editorial E. Rosay. F. y E.
Rosay, I, 63-104.

LAUER, Mirko

1997 *Andes imaginarios. Discursos sobre el indigenismo-2*. Cuzco: Centro de
Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas; SUR Casa
de Estudios del Socialismo.

LOAYZA, Luis

1990 *Sobre el novecientos*. Lima: Mosca Azul.

LYNCH, John

1989 *Las revoluciones hispanoamericanas (1802-1826)*. Quinta edición. Barcelona: Ariel.

MACERA, Pablo

1988 "La Historia en el Perú: ciencia e ideología". En *Trabajos de Historia*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, I, 3-20.

MANRIQUE, Nelson

1981 *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*. Lima: CIC.

NEIRA, Hugo

1963 "Tiempos de Courret. La vida y las ideas del 900". *Fanal* 18. 66: 13-28. Lima.

1996 *Hacia la tercera mitad. Perú siglo XVI-XX. Ensayos de relectura herética*. Lima: SIDEA.

PACHECO VÉLEZ, César

1993 "Unamuno y Riva-Agüero: un diálogo desconocido". En *Ensayos de simpatía sobre ideas y generaciones en el siglo XX*. Lima: Universidad del Pacífico, 112-212.

PLANAS, Pedro

1994 *El 900. Balance y recuperación*. Lima: CITDEC.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl

1954 *Fuentes históricas peruanas*. Lima: Juan Mejía Baca; P. L. Villanueva.

PORTOCARRERO, Felipe

1995 *El imperio Prado: 1890-1970*. Lima: Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico.

QUIROZ, Alfonso

1989 *Banqueros en conflicto: estructura financiera y economía peruana, 1894-1930*. Lima: Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico.

RIVA-AGÜERO Y OSMA, José

1905 *Carácter de la literatura del Perú independiente*. Lima: Librería Francesa Científica Galland, E. Rosay Editor.

- 1907a "Nuestra universidad". *El Comercio* (Lima, 28 agosto, ed. de la tarde): 3.
- 1907b "La reforma en la universidad". *El Comercio* (Lima, 24 de setiembre): 5.
- 1962a "Carácter de la Literatura del Perú Independiente". En *Obras Completas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto Riva-Agüero, t. I.
- 1962b "Del Inca Garcilaso a Eguren". En *Obras completas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto Riva-Agüero, t. II.
- 1965 "La Historia en el Perú". En *Obras completas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto Riva-Agüero, t. IV.
- 1966 "Las civilizaciones primitivas y el Imperio Incaico". En *Obras completas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto Riva-Agüero, t. V.
- 1969 "Paisajes peruanos". En *Obras completas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto Riva-Agüero, t. IX.
- 1975 "Escritos políticos". En *Obras completas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto Riva-Agüero, t. XI.
- 1979 "Ensayos jurídicos y filosóficos". En *Obras completas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto Riva-Agüero, t. X.
- 1999 "Epistolario. Fabián-Guzmán". En *Obras completas*. 2 vols. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto Riva-Agüero, t. XVI.

RIZO-PATRÓN, Paul

- 1998 "La aristocracia limeña al final de una era: precisiones conceptuales y estimaciones patrimoniales". *Histórica* 22. 2: 289-308. Lima.

SALAZAR BONDY, Augusto

- 1967 *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*. Segunda edición. 2 t. Lima: Francisco Moncloa Editores.

SÁNCHEZ, Luis Alberto

- 1977 *Nuestras vidas son los ríos (historia y leyenda de los González Prada)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

TEALDO, Alfonso

1941 "Don José de la Riva-Agüero. Una extraordinaria cultura en un espíritu valiente. Reportaje de Alfonso Tealdo". *Turismo* 62: 9-13. Lima.

TOUCHARD, Jean

1964 *Historia de las ideas políticas*. Segunda edición. Madrid: Tecnos.

TRAZEGNIES, Fernando de

1992 *La idea del derecho en el Perú republicano del siglo XIX*. Segunda edición. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.